

Guillermo Valencia íntimo

(De *Cromos*, Bogotá.)

DENTRO de algunos días, llegará a Bogotá el más eximio de nuestros poetas actuales: Guillermo Valencia. Y con esa ocasión, un grupo de amigos y devotos entusiastas del maestro payanés le prepara una jubilosa acogida en esta ciudad intelectual y hospitalaria que supo adivinar al grande artista cuando era todavía un desconocido y que ciñó luego sus sienes con los primeros lauros apolíneos.

Es ésta, pues, una ocasión propicia para decir cuatro palabras acerca de Valencia. No me referiré al artista. Lo que representa su magnífica obra poética dentro de las letras hispano-americanas, lo que significa su aporte en el gran movimiento de renovación literaria que inició Rubén Darío en el mundo español, ha sido dicho ya por críticos famosos de aquí y de otras partes. Además, el examen de su producción artística, rebasaría los límites de un simple artículo de revista. Por eso voy a referirme únicamente al hombre, a la personalidad íntima de Valencia, a quien me une, hace ya muchos años, una afectuosa camaradería. Tal circunstancia me capacita para hablar de él y de su vida, a la cual me he visto mezclado en muchas ocasiones.

Asegura un escritor que no existe hombre grande para quien lo contempla en la intimidad de su existencia. Con el poeta de *Ritos* ocurre lo contrario. Mientras más se le trata, más vivos son el afecto y la admiración que inspira. Y es porque Valencia no sólo ha puesto belleza en su obra. Hala puesto también en su vida de gran señor, amante del regalo y el lujo. Su casa de Popayán es una residencia principesca, donde hay siempre hospitalidad munífica y mesa franca para los amigos de elección. Todo allí está dispuesto para la existencia holgada y opulenta, indispensable al creador de belleza. La biblioteca, donde se pasean las sombras de las Musas, contiene más de dos mil volúmenes, entre los cuales abundan las obras de ciencia y filosofía. Muchos de aquellos libros, sobre todo los de arte y literatura, tienen preciosos au-

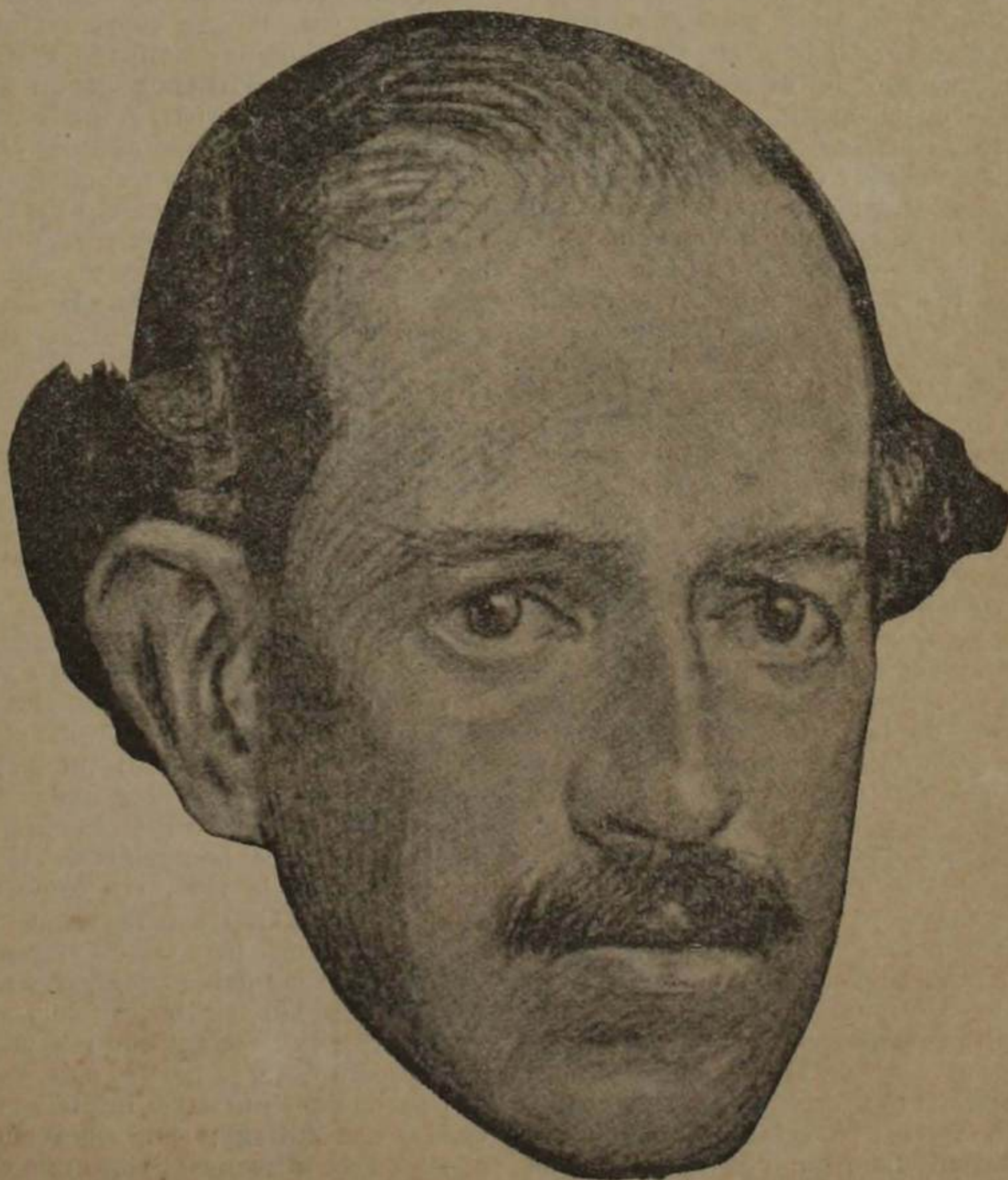
tógrafos. Yo recuerdo haber hallado, un día en que visitaba la vasta bibliópolis, un ejemplar de lujo de la *Salomé*, de Wilde, con una cariñosa dedicatoria del autor para el poeta colombiano.

No se vaya a creer, por lo expuesto, que Valencia es exclusivamente un hombre de abstracción y de ensueño que sólo se halla a gusto en la penumbra discreta de su gabinete de trabajo. En su personalidad, facetada y compleja, coexisten el artista laborioso y el hombre para quien la vida es «acto militar o de guerra», como decía el Marqués de Santillana. Hay en él un ardiente foco de dinamismo y un instinto batallador que le han hecho buscar las acras luchas políticas, el roce eléctrico de las muchedumbres enardecidas. Sin duda por eso sus dos héroes predilectos de la historia son Julio César y Napoleón.

Lo mismo que en la actividad intelectual, complácese en la actividad física. La caza, sobre todo, le embriaga, quizás por ser imagen de la guerra. Jinete admirable y tirador consumado, sus proezas cinegéticas son incontables. Las montañas de *Calaguala* y *Paletará*, distantes a unas pocas leguas de Popayán y pobladas de dantas y de osos, lo ven continuamente escalar sus riscos, seguido

de numerosa jauría. Nada le deleita tanto como un arma fina, un corcel de bella estampa o un *Pointer* de pura raza. En todas las memorias está el hermoso canto en tercía rima que consagró a la muerte de *Selva*, una perra de afelpadas orejas y jarretes incansables que lo acompañaba en sus partidas de caza. Es de sentirse que esta composición no se halle en ninguno de los libros del poeta.

Uno de los aspectos más interesantes de la personalidad del autor de *Ritos* es su ingenio de *causeur*. Su conversación, en la intimidad, es algo que seduce y deslumbra. La apreciación fina y penetrante se baraja en ella con la paradoja sutil y la agudeza maliciosa. Cualquier tópico que toque, ya se trate de matemáticas o filosofía, medicina o jurisprudencia, tiene en



GUILLERMO VALENCIA